

Jasmine Lodge estaba situado en una ladera residencial con un bonito bosque en el sur de Irlanda, con vistas a un río y, mejor aún, a los tejados de una animada ciudad militar. Alrededor de 1904, que fue el período de florecimiento de las señoritas Trevor, las chicas no podrían haber tenido un hogar más propicio: el vecindario giraba alegremente en torno a los militares. Ethel y Elsie se llevaron toda la ventaja: ningún partido de béisbol, salto, picnic, tenis sobre césped, croquet o paseo en bote estaba completo sin ellas; en invierno, aunque no podían permitirse el lujo de cazar, iban en bicicleta a todas las competiciones y, en las noches heladas, con sus guitarras, asistían a las veladas vestidas con sus capas de piel.

Tenían una tía, una tal señora Varley de Grey, de soltera Elysia Trevor, una antigua belleza local. Fue arrastrada en su viudez a lo que había sido el escenario de sus primeros triunfos, y ocupó un dormitorio trasero en Jasmine Lodge. La señora Varley no había tenido suerte: su esposo, capitán de un regimiento de caballería de buena cuna, había llegado al extremo de volarse los sesos en la India, dejando atrás nada más deudas.

La señora Varley de Grey había regresado de la India con sólo siete grandes baúles repletos de elegantes prendas, y también había sufrido un shock. Esto había sucedido mientras Ethel y Elsie, cuyo padre se había casado tarde, aún no habían nacido; así que, hasta donde las chicas recordaban, su tía había sido el único inconveniente de Jasmine Lodge.

Sus padres las habían dejado huérfanas, un tanto desconsideradamente, al morir de escarlatina cuando Ethel acababa de salir y Elsie estaba a punto de hacerlo; por lo tanto, se quedaron sin una acompañante y, con su don para aprovechar todo de alguna manera, apoyaron a la tía para que pudiera desempeñar ese papel. Sólo cuando sus peculiaridades se hicieron demasiado marcadas sintieron que era necesario retirarla; para entonces se podía decir que todas las damas de los alrededores competían por el honor de acoger en sociedad a las solicitadas señoritas Trevor.

A partir de entonces, no se supo nada más de la señora Varley de Grey. («¡Oh, sólo está un poco indispuesta, pero nada importante!») Se quedaba arriba, en la parte de atrás: cuando las chicas daban una de sus pequeñas fiestas, o un par de oficiales venían de visita, la llave de su habitación giraba en la cerradura exterior.

Las chicas colgaban faroles chinos en las ventanas cubiertas de enredaderas y se sentaban a rasguear suavemente sus guitarras. No menos fascinante era su sentido del humor, acompañado de un atrevido destello de los ojos. Se las conocía como las

inteligentes señoritas Trevor, no por ningún matiz de dogmatismo o erudición (no, cuando un caballero exclamaba: «¡Esas chicas tienen cerebro!», lo decía con total admiración), sino por sus habilidades, ingenio y agilidad.

Interpretaban papeles importantes en obras de teatro, animaban numerosos juegos de salón, eran traviesas imitadoras y cantaban a dúo. Sus dedos rivalizaban con su ingenio: hacían pantallas de lámparas, flores de papel crepé, pintorescos sombreros; y, sobre todo, variaban sus vestidos maravillosamente; nadie podía superarlas en ideas, cortes, recortes o ajustes. Una vez, sin dejar que nada se desperdiciara, habían remodelado el ajuar con los baúles de su tía, haciendo que los tristes tules y tarlatanes, rasos y tafetanes muaré parecieran recién llegados de París. Cosieron lentejuelas, plancharon volantes y revivieron muchos ramilletes o rosas de seda aplastadas. Hicieron esa tarea con cierta cautela, ya que todos los baúles estaban almacenados en el ático, justo encima de la habitación trasera.

Llevaban bien puesta la ropa. «¡Un broche en cualquiera de esas dos quedaría elegante!», declaraban las otras chicas. Lo único que les faltaba eran guantes de noche: tenían dos pares cada una, que se habían visto obligadas a comprar. No podían imaginar qué habría sido de los suntuosos vestidos de la señora Varley de Grey de esa época, y era una lástima. ¿Se habría olvidado los guantes en su apuro por llegar de la India? ¿O estaban allí, en ese único baúl al que las Trevor no pudieron acceder?

Todas las demás cerraduras habían cedido a tirones o ganzúas, o las hermanas habían encontrado llaves para encajarlas, o habían utilizado la caja de herramientas; pero esta última fortaleza las desafiaba. En ese triste y sucio saquito de seda, que la señora Varley de Grey siempre llevaba encima, se convencieron, guardaba las llaves operativas, junto con algunos anillos y broches de lujo, todos ellos esmeraldas, perlas y diamantes auténticos que, como sabían, habían sido vendidos hacía mucho tiempo. Esa contradicción por parte de su tía las irritaba, mientras que las alegrías hacían mella en sus guantes. Al llegar a casa, antes de salir, se limpiaban los dedos con gran compulsión. Por eso un largo tufo a bencina las perseguía mientras daban vueltas por el salón de baile.

Eran altas y guapas; pero en aquellos días ser una chica guapa era una vocación; muchos de los mejores matrimonios se habían arreglado con chicas así. Se comportaban de manera imponente, tenían buen busto y hombros, cinturas firmes y espaldas rectas. Sus rasgos eran llamativos, su coloración era alta; en la parte baja de sus frentes rebotaban oscuras matas de rizos. Ethel era, tal vez, la dominante, pero ambas chicas eran consideradas llenas de carácter.

¿Con quién, y más aun cuándo, pensaban casarse? Ya habían visto regimientos entrar y salir. En la zona se hacían apuestas muy altas. Los catalejos apuntaban a la llamativa entrada de Jasmine Lodge y cada nuevo caballero era observado. El único problema, según afirmaban sus promotores, era que las inteligentes Trevor estaban siempre tan

rodeadas que no tenían un momento para darse la vuelta o elegir. O, de lo contrario, ¿podría ser posible que la admiración que despertaban Ethel y Elsie, y su lugar ahora institucional en la escena local, ahuyentara los sentimientos tiernos del pecho masculino?

Se llegó a sentir, y tal vez las propias chicas, que, después de demorarse tanto tiempo y de manera tan desconcertante, dependía de ellas dar (como su tía) un golpe de estado. La sociedad que rodeaba esta ciudad militar se había enorgullecido durante mucho tiempo de su historial romántico; verano e invierno, Cupido disparaba sus dardos. El paisaje exuberante, el olvido de todo lo demás generado por el clima húmedo, todo era propicio. Se podía suponer que los nombres de Ethel y Elsie ya se murmuraban en todas partes donde ondeaba la bandera del Reino Unido. Sin embargo, era hora de que decidieran.

Ethel tomó la decisión a finales de una primavera. Se enamoró del segundo hijo de un marqués inglés. Lord Fred había venido de visita, para pescar, a una mansión a unos kilómetros río abajo de Jasmine Lodge. Había aparecido por primera vez, con el resto de la fiesta, en uno de los bailes militares más espléndidos, y se sabía que era un hombre de ciudad. El brillo civil de sus quevedos, a la vez sereno y soberbio, instantáneamente se ganó, junto con su gran nombre, el corazón de Ethel.

Ella lo miró, y el público reunido, con aprobación, observó el momento. La verdad se vio de inmediato: Ethel, aunque tan condescendiente con sus encantos, no había estado destinada desde el principio a amar a un soldado; y aquí, después de un largo desgaste, apareció Lord Fred. Por su parte, respondió a sus atenciones con bastante gusto, aunque de una manera algo aturdida. Si no bailaba con ella tan a menudo, al menos la miraba.

Al día siguiente, en un picnic organizado junto al río, Ethel aceptó, pues ella había pasado la mañana anterior cortando y rematando una muselina que quedaba de la señora Varley de Grey, un estampado muy fresco con puntos de nomeolvides. La muselina no sobrevivió a la velada, porque cuando la luna debería haber salido, la lluvia entró a raudales en los botes. La jovialidad de Ethel se llevó todo por delante, y Lord Fred la envolvió con su chaqueta.

Al día siguiente, más lluvia y todo parecía aburrido. En Jasmine Lodge, las tumbonas de la terraza tuvieron que ser trasladadas desde el jardín, y las pequeñas habitaciones cerradas, con sus ventanas verdes y abundantes cachivaches, despedían un olor sofocante y resentido. La criada estaba fuera; Elsie estaba acostada con una migraña; así que Ethel tuvo que llevar el té a la señora Varley de Grey (la enferma le daba mucha importancia al té y sus manifestaciones, como el traqueteo de la puerta, los sollozos y los murmullos, solían resultar inquietantes si no aparecía).

Ethel, con una bandeja no especialmente delicada, entró en la habitación de atrás, que

esa tarde estaba oscura por la vista de un bosque húmedo en la ladera. La tía, con el rostro envuelto en un chal de telaraña, estaba sentada en la cama como de costumbre. «¡Ajá!», exclamó de inmediato, entornando un ojo y mirando a Ethel con el otro brillo, «¿qué es todo esto que se está armando hoy?».

Ethel, mientras depositaba la comida sobre la cama, se encogió de hombros y dijo:

—Tengo prisa.

—Sin duda la tienes. La cuestión es: ¿lo atraparás?

—¡Oh, tómame el té! —espetó Ethel, ruborizándose.

La vieja desgraciada respondió chupando un terrón de azúcar mientras guiñaba el ojo a su sobrina. Luego observó:

—¡Podría contarte un par de cosas!

—Ya hemos tenido suficiente de tus invenciones, tía.

—¡Invenciones! —graznó la señora Varley de Grey—. ¿Y quién ha sido la inventora, me gustaría preguntar? ¿Quién es tan hábil con las tijeras y la aguja? ¿Quién ha estado cazando con mi ropa?

—¡Oh, qué mentira! —exclamó Ethel, levantando los ojos—. Esos viejos y mohosos bultos de cosas tuyas, ¿no se nos ocurriría a Elsie o a mí ponerles un dedo encima?

La señora Varley de Grey respondió, como hacía a veces, levantando la bandeja y arrojándola. Hoy sólo la vajilla usada corría peligro; y la joven, sin intentar recoger los restos, se quedó de pie, pensativa y escultural, con los brazos cruzados, mirando cómo se elevaba el vapor de la alfombra.

Ese día, el esfuerzo requerido parecía haber sido demasiado para la tía, que se desplomó sobre las almohadas con la cara ligeramente azulada.

—Ratas en el ático —murmuró—. ¡Las he oído, ratas en el ático! ¿Y dónde está mi té?

—Ya has tenido suficiente —dijo Ethel, volviéndose para salir de la habitación. Sin embargo, se detuvo para estudiar una fotografía en un elaborado marco de plata deslustrado—. Realmente un Adonis, pobre tío Harry. ¿Se enamoraron a primera vista, dices?

—Mi delicioso té —dijo la tía, comenzando a sollozar.

Cuando Ethel dejó la fotografía, se podía ver que sus ojos calculaban, su boca se endureció y una expresión reflexiva cubrió su frente. Una vez más se acercó a la cama y, mientras lo hacía, cambió de tono. Sugirió, en un tono encantador:

—¿Podrías decirme una cosa o dos... ?

El tiempo transcurría y, aunque Lord Fred siempre prometía, no conseguía llegar a Ethel. Lo que ganaba una hora parecía perderlo a la siguiente; por ejemplo, parecía que las cosas le iban mejor por las tardes, al aire libre, que en las funciones nocturnas más elegantes. Cuando ella se le echaba encima con todo el plumaje, Lord Fred parecía contraerse. ¿Sería que temía sus pasiones? Ella no lo creía así. ¿O acaso su tez no se iluminaba bien?

Cuando se trataba de bailar, llegaba tan tarde que su programa ya estaba ennegrecido con otros nombres, y él exhalaba un suspiro galante. Cuando salían a la pista juntos, la sujetaba a una distancia tal que, cuando ella quería dirigirse a él, tenía que gritar; se dijo a sí misma que debía ser el estilo londinense, pero, naturalmente, eso la irritaba. A la mañana siguiente, todo sería como antes, sin nadie tan asiduo como Lord Fred. Y lo que era peor, los días de su visita se estaban acabando; pronto volvería al corazón de la temporada londinense.

—¿Crees que alguna vez lo conseguirás, Ethel? —preguntó Elsie con una solicitud que le costó trabajo, y sin duda el vecindario también se lo preguntaba.

Evocó todas sus fascinaciones. Pero, ¿se necesitaba algo más para que funcionara?

Fue entonces cuando empezó a frecuentar a su tía.

En aquella pequeña y húmeda habitación trasera que daba a la colina, la orgullosa Ethel se humilló para descubrir el secreto. Las sesiones eran largas y concurridas. Elsie, desconcertada fuera de la puerta, oía la voz chiflada de su pariente que subía y bajaba, y a veces risas cómplices que helaban la sangre.

La señora Varley de Grey había vuelto a los días dorados. Sin embargo, siempre se interrumpía de repente, volvía a convertirse en súplicas, gemidos y respiración entrecortada. A pesar de que ella lo pedía constantemente, hacía años que no se permitía que ningún médico visitara a la señora Varley de Grey; las chicas no veían razón para ese gasto ni para las interferencias que podrían derivarse de ello. La aflicción de la tía, juraban, se limitaba a la cabeza; todo lo que necesitaba era tranquilidad, y eso le daban. Sin embargo, sabiendo cómo se extendían los chismes, no dejaban que ningún sirviente se acercara a ella durante más de un minuto o dos. Tenían mucho que soportar por el estado fétido de su habitación.

—¿No crees que la matarás, Ethel? —preguntó Elsie—. Estar siempre encima de ella,

como lo haces ahora. ¿Puede ser saludable incitarla a hablar? ¿Qué es esto que ha surgido entre ustedes dos? Las dos se están volviendo bastante amigas.

Elsie simplemente lo comentó y pronto se olvidó; tenía sus propios problemas. Fue Ethel quien tuvo motivos para recordar esas palabras, pues, esa misma tarde, la tía gritó pidiendo lo que era imposible y, al verse frustrada, sufrió un ataque desconocido. Lo peor de todo fue que su mente se aclaró: se echó hacia atrás el chal, alzó su despeinada cabeza gris y miró a Ethel, la estudió sin pestañear, con una lúcida acumulación de años de odio.

—Eres una tonta —dijo con desprecio—. Vienes corriendo a mí para saber cómo atrapar a un hombre. ¿Podrías aprenderlo si fuera de la propia Venus? Espera a que te muestre la belleza. ¡Baja esos baúles!

—¡Ay, tía!

—Bájalas, te digo. Estoy a punto de vestirme.

—¡Oh, pero no puedo! Son pesadas.

—¿Pesadas? Llegaron pesadas. Pero ha habido ratas en el ático. ¡Te vi bajando las escaleras con mis vestidos!

—¡Oh, eso lo soñaste!

—Te vi por la rendija de la puerta. Déjame subir, entonces.

La tía apartó las sábanas y comenzó a levantarse.

—Veamos —dijo—, el trabajo de las ratas.

Se dispuso a tambalearse hacia la puerta.

—¡Oh, pero no estás en forma! —protestó Ethel.

—¿Y cuándo dijo eso un médico?

La tía tambaleó y Ethel la atrapó a tiempo. Sin delicadeza, la arrastró de vuelta a la cama.

La mente de Ethel estuvo dando vueltas porque esa noche era la noche de la que todo dependía. La última aparición local de Lord Fred iba a ser, como la primera, en un baile: mañana partiría a Londres. ¡Así que debía ser esa noche, en ese baile, o nunca!

¿Cómo era posible que Ethel se sintiera tan locamente segura del resultado? Era hora de empezar a peinarse, de preparar el vestido. ¡Oh, esa noche brillaría como nunca antes! Echó hacia atrás las sábanas sobre la indefensa figura, oyó las campanadas de un reloj y se dio la vuelta apresuradamente para irse.

—Estoy en paz contigo —dijo la voz detrás de ella.

Ethel, con un kimono y el pelo a medio arreglar, estaba en su habitación, frente al cajón de los guantes, cuando Elsie entró; había vuelto a casa después de un partido de tenis. Elsie actuó de manera extraña; fue inmediatamente al cajón y hundió la nariz en él.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¡Es cierto y horrible!

—¿Qué? —preguntó Ethel despreocupadamente.

—Ethel, querida, ¿te atreverías a decirme algo si te contara un rumor que oí hoy sobre Lord Fred?

Ethel se apartó de su hermana, tomó el peine caliente y aplicó más rizos a sus rizos naturales.

—Por supuesto, escúpelo —dijo.

—Desde la infancia a Lord Fred le da asco el olor a bencina.

—¿Quién dice eso?

—Se lo confesó a su anfitriona, que ahora lo está divulgando con malicia por todo el país.

Ethel se mordió el labio inferior y dejó el peine, mientras Elsie concluía con tristeza:

—Y tus guantes apestan, Ethel, como estoy segura de que apestan los míos.

Entonces Elsie pensó que sería mejor escabullirse.

Sin embargo, al cabo de un minuto estaba de vuelta, y una vez más con un aire aún más peculiar. Preguntó:

—¿En qué estado dejaste a la tía? Sonaba tan tranquila que me asomé, ¡y ahora no me gusta nada su aspecto!.

Ethel maldijo, pero consintió en echar un vistazo. Se quedó allí, en la habitación de

atrás, con Elsie mordiéndose la uña del pulgar fuera de la puerta, durante lo que pareció un lapso de tiempo ominoso; cuando salió, parecía verdosa, pero mantenía la cabeza alta. Las miradas de las hermanas se cruzaron. Ethel dijo, fríamente:

—Dormita.

—¿Estás segura de que no está...?

—Te digo que dormita —dijo Ethel mirando a Elsie.

—Si ella no estuviera... —dijo con voz temblorosa la hermana más frágil—, piénsalo: ¡nunca llegaríamos al baile! Y un baile del que todo depende —terminó, con una mirada asustada pero conspiradora hacia Ethel.

—Tranquilízate. ¿No me has oído?

Mientras hablaba, Ethel, por costumbre, cerró la puerta de su difunta tía por fuera. El acto provocó que se oyera una especie de tintineo secreto desde el interior de su puño, y Elsie preguntó:

—¿Qué es eso que tienes?

—Sólo unas cuantas llaves y baratijas que me hizo guardar —respondió Ethel, dejando al descubierto la pequeña bolsa que había encontrado debajo de la almohada de la muerta—. Date prisa, Elsie, o nunca estarás vestida. ¿Te importaría usar mi peine, mientras está tan espléndidamente caliente?

Por fin, Ethel, sola, respiró hondo y, con un gesto de resolución, se ajustó bien la faja sobre el corsé. Sacó la llave de la bolsa y la miró, murmurando:

—¡Providencial!

Luego echó un vistazo hacia arriba, hacia donde estaban los áticos. El sol de finales de primavera se había puesto, pero un resplandor crepuscular, no muy distinto de la luz que arrojaba una linterna china, se deslizaba por el piso superior de Jasmine Lodge. El cese de todos esos crujidos, golpeteos, gemidos procedentes del interior de la habitación de la señora Varley de Grey, había creado un silencio desconocido y algo desconcertante.

Hasta que un tufo a pelo chamuscado no anunció que Elsie estaba bien ocupada, Ethel no se embarcó en la búsqueda que albergaba todas sus esperanzas. El éxito era imperativo: debía tener guantes.

Guantes, guantes...

En silencio, puso un pie en la escalera del ático.

Bajo la claraboya, tuvo que reprimir un grito, porque una rata (¡sí!) saltó hacia ella desde una sombrerera vacía; y el roedor le guiñó un ojo antes de salir disparado.

Ahora, Ethel y Elsie sabían con certeza que nunca había habido ratas en Jasmine Lodge. Sin embargo, continuó fortaleciéndose y abriéndose paso hacia el único baúl intacto.

Todo el resto del equipaje indio de la señora Varley de Grey miraba a Ethel bostezando, vacío, mostrando sus forros, formando una barricada alrededor del objeto de su búsqueda; ella empujó, tiró y arrojó, frunciendo el ceño mientras el polvo volaba hacia su cabello. Pero el último baúl, cuando estuvo a la vista y a su alcance, todavía tenía algo selecto y nupcial: en la parte superior, las iniciales «E. V. de G.» brillaban, luminosas de una manera aterradora por lo oscuro que estaba el ático.

Las sombras no sólo se multiplicaban en los rincones, sino que parecían abrirse paso a tientas. El silencio atravesaba el suelo desde la habitación de abajo y, lo peor, Ethel tenía la sensación de que la observaban los ojos fijos. Miró a un lado, a otro, hacia atrás, por encima del hombro. ¡Pero Lord Fred estaba en juego! Se arrodilló y se puso a trabajar con la llave.

Este baúl tenía dos cerraduras impecables, una a la izquierda y otra a la derecha. Ethel, después de tantear, abrió la primera; entonces, tenía tanta prisa por saber qué podía haber dentro que no pudo esperar y deslizó la mano por debajo de la esquina levantada. Sacó una punta de encaje de un valor incalculable de lo que debía ser un velo de novia y soltó una risa rápida.

¿No debía ser esto un presagio?

Tiró de nuevo, pero el material resistió, casi como si lo estuvieran agarrando desde el interior del baúl. Lo soltó y, o bien sus ojos la engañaron o el encaje comenzó a retirarse lentamente de nuevo, centímetro a centímetro. Lo más extraño fue que la punta inmaculada de un guante blanco apareció por un momento, como si estuviera explorando la salida, y luego se retiró.

El corazón de Ethel se detuvo, pero hizo girar la otra cerradura. ¿La estaba dominando un ataque de vértigo? Porque, mientras miraba, la tapa entera del baúl parecía abultarse hacia arriba, levantarse y tensarse, de modo que la «E. V. de G.» que estaba sobre ella se ondulaba.

Sin que la llave la tocara en su mano temblorosa, la segunda cerradura se abrió sola.

Retrocedió, mientras la tapa se levantaba por sí sola.

Debería haber huido. Pero, ¡oh, cómo ansiaba lo que estaba allí! Capa tras capa, envuelta en papel transparente, guantes blancos puros como la magnolia, que le llegaban hasta el codo, colocados en los pliegues inertes del velo.

«Lord Fred», pensó Ethel, «¡ahora estás a mi alcance!».

Ese fue su último pensamiento, y el alcance no iba a ser suyo.

De rodillas otra vez, sin aliento de lujuria y alegría, Ethel se arrojó hacia adelante sobre ese mar de blanco, arañando y agarrando. El guante que había visto antes, sin embargo, ahora estaba más listo para su propósito. Simplemente se abalanzó sobre los dedos de Ethel, como si se burlara de su codicia.

Con un destello nevado, el guante agarró el pelo de Ethel, se enredó en sus rizos negros y arrastró su cabeza hacia abajo. Ella comenzó a ahogarse entre las bolsitas y el pañuelo de papel; luego el guante se soltó, la arrojó hacia atrás y saltó hacia su cuello.

Era una maravilla que algo tan delicado pudiera ser tan fuerte. Tan grande, tan convulsiva fue la oleada de fuerza que, durante el estrangulamiento de Ethel, las costuras del guante se abrieron.

En cualquier caso, el guante habría sido demasiado pequeño para ella.

Los gritos de Elsie, en el umbral del ático, comenzaron sólo cuando todos los demás sonidos se habían apagado...

La chispa final de la otrora famosa astucia de las señoritas Trevor apareció cuando Elsie se liberó de esta incómoda situación. Porque, ¿quién iba a creer cómo Ethel llegó a su fin?

La reputación de las hermanas le sería muy útil a la sobreviviente. Al final, el asunto se silenció, es decir, todavía se habla de él incluso ahora. Ethel Trevor y la señora Varley de Grey fueron enterradas en la misma tumba, como todos entendieron que hubieran deseado. No se sabe qué conversación tuvo lugar bajo tierra.